LOS CAUCES ALUCINADOS

Autor: ROBERTO BERACOCHEA

(I Parte)

Se despertó sobresaltada, escuchando su propio corazón enloquecido. El silencio estaba rodeándola. Era un silencio rítmico de insistentes grillos que se prolongaba en las sombras hasta perderse en las distancias. Tenso el oído, como si esperase un llamado, anhelosa de reconocimientos o de asirse a una realidad inmediata para recobrar la calma.

Pero la inquietud crecía en la dimensión de los desencuentros, de ese deambular indeciso, por cauces ignorados, más allá de sus sentidos próximos. Seguía escuchando, sus ojos asombrados hacia las estrellas, que oscureciendo el cielo, tímidamente, se asomaban hasta ella, desde la ventana. Pero los grillos seguían latiendo en, su pulso acelerado y en sus ojos buscadores; los grillos seguían ahondando su agitación, interior, penetrando cada vez más profundamente por las venas de sus sienes. Tomó su cabeza entre las manos y apretándola, sus dedos se entremezclaron nerviosos en la nuca. Erizada, sentía deslizarse los cabellos dóciles, agua espesa y oscura, y en sus hombros desnudos, corrían hilos inquietos y rápidos. Nació una sutil vibración que se extendió presurosa por todos los segundos de su piel. Crecía en ella un ansia indefinida, una necesidad imperiosa de levantarse y salir y enfrentarse a la noche. Pero no quería obedecer. Algo se resistía, algo luchaba para retenerla en los límites preci¬sos de su cama, de las cuatro paredes escondidas, pero seguras, con su cerrada presencia invisible. La apretaban en su lecho, la inmovilizaban, la ceñían fuertemente. Pero sus ojos querían, debían ir. No podía vencerlos y sus fuerzas eran inútiles y sus piernas apenas se tendían estiradas, los músculos casi dolorosos, buscando liberarse. Un temblor lento la recorría y palpitaba en sus ojos agrandados, fijos en las estrellas; los labios entreabiertos, resecos. Pero no pudo más. Se irguió en la cama apoyándose en los codos, escuchando. Deslizó sus piernas suavemente y se halló de pié. Caminó hacia la puerta y salió hacía el patio. Sus pasos eran lentos, pero firmes y la llevaban, inexorables. El cielo se abrió para envolverla y los grillos enmudecieron. Levantó mecánicamente el gancho del portón y fue hacia la costa. No sintió la dureza del suelo áspero y siguió avanzando hacia la orilla cercana. Se deslizó hacia el leve rumor imperioso, ajeno a las piedrecillas que se escurrían entre sus dedos y se detuvo, cuando el agua jugó en sus pies con su tibia y escurridiza opresión.

El río andaba bajo la noche. El río era también una vibración extraña, de un gris azulado con manchas de sombras. Con su pulso vivo lo llevó hacia la otra orilla insinuada, hacia la imprecisa línea de los horizontes. Sintió que se aliviaba su corazón, que no había quedado nada de ella en ella, como si de improviso hubiese perdido toda presencia y fuese un recuerdo que vivía muy adentro, o muy lejos. Sus ojos quedaron fijos en lejanías insondables, esperando. La ligera brisa se deslizó por sus mejillas y onduló levemente sus cabellos, plegó el camisón contra sus carnes insensibles y sé alejó defraudada hacia los oscuros pozos de los árboles. Inútilmente le hicieron seña las estrellas; el llamado era mucho más distante. Sus ojos siguieron clavados más allá del río, más allá de la noche. Un estremecimiento conmovió todas las cosas. La brisa apre¬suró su caminar en el río y los grillos volvieron con acompasadas ranas inubicables. Pero Lucía siguió inmóvil con sus pies sumergidos; inmóvil, su cabeza erguida, avanzando con su mirada, con su corazón agitado, por encima de las aguas.

Y la luna roja comenzó a asomar. Fue sólo un resplandor indeciso que azuló las distancias y un fulgor lineal definiendo contornos. Hasta que corrió como un relámpago sobre el río agradecido que la abrazó para no dejarla ir; para jugar con sueños de luz entre sus ondas; para que sus peces pudiesen asomarse y vestirse de plata rauda; para despertar las garzas cristalinas en las bocas de los arroyos; para que los sauces la amasen voluptuosamente inclinados y enlazándola nerviosos, la entregasen a la tierra y al canto, de los pájaros. Pero él viento quería poseerla. Andaba nervioso por entre las cosas, persiguiéndola, desesperado. Y la luna sonreía esquiva, huyendo siempre, en resplandores fugitivos, en el borde de las ondas, en las hojas levemente agitadas o en las súbitas escamas que se la llevaban hacia el azul más profundo o en los cabellos silenciosos de la mujer, de pié entre las aguas. Después, ya fue de todos y el viento se alejó a esconderse entre las barrancas, quejoso, con un rumor dolorido y monótono. Pero nada de esto supo Lucía, que seguía esperando.

Una sombra vino a través de los campos, avanzando por encima de los juncos atentos y como nacida